

■ Miguel Angel Granados Chapa ■ *Lo que es.* La gran virtud del trabajo periodístico de don Francisco Martínez de la Vega, definió el diputado José Luis Martínez, es la templanza. Y para mostrar que el escritor jalisciense había dicho en su hermoso discurso una verdad comprobable inmediatamente, don Francisco fue enseguida a la tribuna y produjo uno de sus textos fundamentales, en que como suele hacer sintetizó la expresión de juicios contundentes e inequívocos con un estilo terso y sereno.

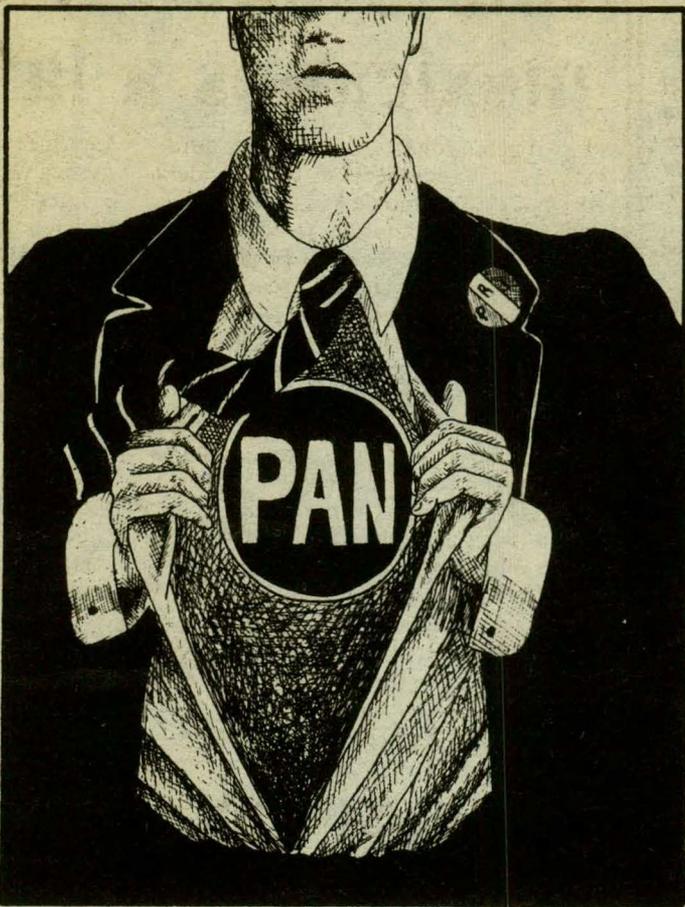
Ello ocurrió el viernes 30, en la ceremonia en que el Presidente de la República entregó a Martínez de la Vega la medalla Eduardo Neri al mérito cívico. Unas semanas antes, la Cámara de Diputados había adoptado esa decisión, en una de esas raras ocasiones en que todo el mundo queda satisfecho y ganancioso con el resultado. A principios de noviembre se reunió la comisión que debería resolver sobre la atribución de la presea establecida en 1969. De manera notable, la primera persona que habló en favor de que el seleccionado fuera Martínez de la Vega —propuesto el 5 de octubre por la Unión de Periodistas Democráticos— fue el general Celso Vázquez. Su proposición fue entusiasta, mucho más de lo que supondría

quien sepa que contra el alemanismo a que estuvo vinculado el general Vázquez hizo armas don Paco, en el henriquismo de 1952. Luego, otros diputados reforzarían la posición de Vázquez, quien la refrendaría en una segunda intervención. Hubo otras en el mismo sentido: la del chiapaneco Enoch Cansino Casahonda, la del tlaxcalteca José Antonio Álvarez Lima, la de la hidalguense Julieta Guevara.

La actitud de estos dos últimos nacía de una vieja convicción: cada uno de ellos fue presidente del Colegio de licenciados en Ciencias Políticas y Administración Pública, agrupación en la que ya participaban ambos de manera activa en 1975, cuando se creó el Premio de Periodismo Político que esa corporación entregó por vez primera el 28 de noviembre de ese año, precisamente a Martínez de la Vega. Hay que decir que el Colegio tuvo, como se dice, buena mano. Aunque hubiera ya entonces recibido varias distinciones apropiadas al rango de su trabajo profesional, a partir de ese momento se multiplicaron los reconocimientos a don Francisco.

Don Francisco, pues, ha sido ampliamente reconocido por sectores diversos de la sociedad mexicana. En buena hora, el senador Filiberto Viguera se declaró enfermo y el discurso asignado a su cámara fue leído por su coterránea Guadalupe Gómez Maganda. Era una falta de delicadeza haber pedido a un dirigente cetemista pronunciar tal discurso. Por poco y le piden al senador Leonardo Rodríguez Alcaine que lo haga. Menos mal que no es guerrerense. Como si no se supiera que uno de los *leit motiv* del trabajo periodístico de don Francisco consiste en combatir las formas espurias de representación obrera que

PLAZA DOMINICAL



PERSONALIDAD SECRETA ■ Ahumada

se engloban bajo la denominación de *charrismo*.

La penosa intervención del general Vázquez y de la senadora Gómez Maganda nos hicieron recordar una anécdota que hemos oído precisamente de don Paco: en la Unión Soviética del estalinismo se convocó a un concurso escultórico sobre Gorki, y salió ganador el proyecto que mostraba a Stalin leyendo a Gorki. A grandes tramos, en ambos discursos, el tema de la celebración se perdía, para dar paso a algunas de las formas de adhesión servil al Presidente más innecesarias que hayamos oído. Menos mal que José Luis Martínez salvó el honor de la casa. Ya en la comisión había conjugado con habilidad las posiciones de quienes impulsaron la candidatura de don Paco para que la decisión se adoptara por unanimidad. Y en la tribuna la precisión y galanura de sus dichos fueron un proemio justo al discurso del galardonado.

Este tocó temas cruciales: la injusticia de que el peso de la crisis caiga sobre las espaldas de los que tienen menos; las desviaciones revolucionarias en aras de una engañosa prosperidad de minorías; la impunidad del asesinato de don Manuel Buendía; la necesidad de aprender del pueblo, cuyas virtudes exaltó teniendo presente la tragedia de San Juan Ixhuatpec.

Con pleno entendimiento de lo que es una república, no vaciló don Paco en hacer conocer sus divergencias con el gobierno, y con el Presidente, en presencia de éste. Con ello ganó la democracia, pues se muestra que la disidencia no es acto conspiratorio y criminal, sino actitud asumible cara a cara. No en balde los líderes panistas Juan José Hinojosa y Bernardo Bátiz llegaron a saludar a don Paco cuando éste se retiraba y Bátiz le expresó su felicitación,

no obstante la falta de acuerdo que a menudo, dijo, mantiene con las opiniones de Martínez de la Vega.

En una sociedad a la que se instiga con frecuencia a la admisión y a la práctica del cinismo, no es retórico, sino didáctico, reconocer la prestancia y la dignidad, la limpieza y la eficacia de la vida de don Francisco Martínez de la Vega. Aun si fuese cierto que no hubo oposición en el gobierno a la decisión de algunos diputados para distinguir a don Francisco, porque ello sirve de mampara a procederes autoritarios, cabría recordar que como ha escrito un clásico, la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud.

Contra la hipocresía, precisamente, se manifestó en Chihuahua el Presidente De la Madrid. Los destinatarios de su requisitoria fueron los políticos que, especialmente en el norte, navegan entre dos aguas. Son panistas de corazón pero están en el PRI, si bien con las maletas hechas por sí es preciso, ya que ahora es posible, mudarse de partido. El fenómeno no es privativo de Chihuahua. Es visible también en la vecina Sonora, donde se abrió el fuego de la sucesión gubernamental. Aunque las trincheras tendrán que cavarse allá, aquí se iniciaron las hostilidades contra la oposición, escogiendo una candidatura bañada con la fuerza del poder presidencial. Así quedó marcado inequívocamente en la insólita presentación y admisión de la renuncia del ingeniero Rodolfo Félix Valdés, ahora ex secretario de Comunicaciones y Transportes. Esa ceremonia, el viernes 30, fue el primer acto de su campaña.

El hueco dejado por el próximo gobernador Félix Valdés (pues ahora el PRI tiene el deber de hacer que las banderoladas de Eduardo Ro-

sas no sean sino eso, ya que un "hombre del Presidente" puede permitirse todo, menos perder la elección) fue llenado de manera tersa, institucional. En vez de que el reemplazo hubiera sido coyuntura para la recomposición del equipo cercano al Presidente de la República, se designó a un hombre de casa, al subsecretario Daniel Díaz Díaz, que si bien es mucho menor de edad que Félix (este nació en 1922, Díaz en 1934) hizo en el sector de obras públicas federales una carrera semejante a la de aquel, como jefe de departamento, como director de planeación, como director de análisis de inversiones en la SAHOP. Presidente del Colegio de Ingenieros Civiles de México en el bienio 1982-84, es secretario de la Fundación Javier Barros Sierra. Esperemos que la luz tutelar referida por este nombre alumbre a esa secretaría. De la suerte del reemplazado habremos de ocuparnos después.

Lo que fue. El 5 de diciembre de 1972 (hará de ello doce años el próximo martes) cientos de cañeros silenciosos iniciaron un bloqueo al ingenio San Cristóbal, en la población de Carlos A. Carrillo, Veracruz, que marcó el comienzo de uno de los episodios más notables de la lucha campesina en los años recientes, culminado con la intervención militar. Se trató de una huelga decidida por la Federación Veracruzana de Productores de Caña, con objeto de conseguir mayores precios y mejores condiciones de recepción para su producto. El movimiento, impulsado en sentido contrario a las directrices de la Confederación Nacional Campesina encabezada por Alfredo V. Bonfil, fue dirigido por Roque Spinoso Foglia, quien más tarde sería líder nacional de los cañeros y quien cayó acribillado el domingo 25 de noviembre, cerca del rancho El Relicario, junto con sus primeros César y Sergio Spinoso.

Durante aquel movimiento, Spinoso fue primero engañado y luego aprehendido por órdenes del Presidente Echeverría. Casi todo el mes de enero de 1973 lo pasó Spinoso preso, en Veracruz, amén de que se le calumniosó soezmente durante los dos meses que duró el conflicto, que tuvo un trágico epílogo con la muerte de Bonfil, quien llegó a enfrentarse duramente con el líder cañero muerto hace una semana.

Evocar esos hechos nos lleva a recordar cómo justificó la intervención del Ejército en San Cristóbal, para romper el bloqueo de los spinocistas, el presidente de la Cámara Nacional de la Industria Azucarera:

"La participación de los elementos del Ejército ha obedecido exclusivamente a dos normas: 1) a la necesidad de evitar choques entre los mismos campesinos, algunos de los cuales son incitados por provocadores conocidos; y 2) a la necesidad de preservar el orden con el fin de que los agricultores interesados en entregar caña puedan hacerlo con garantías".

Ese caballero es hoy el secretario del Trabajo. Se llama Arsenio Farell.